

La construcción social del paisaje

Nogué, J. (ed.). (2016). *La construcción social del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva

Reseña elaborada por: Juan Camilo Álvarez Naranjo*

Los debates llevados a cabo en el 2004 y el 2005 en el municipio de Olot, provincia de Girona, España, en el Seminario Internacional sobre Paisaje Consorcio Menéndez Pelayo de Barcelona-Centro Enerst Luch, donde se discute el paisaje como un espacio abierto, interdisciplinario e innovador, abren los principales aportes presentes en el libro que Joan Nogué, con gran éxito, logra editar y en el cual la principal premisa que los autores de los diferentes artículos retoman es que el paisaje, dentro de la perspectiva de espacio, es un *constructo social*.

Tal apreciación es importante observarla puesto que, en torno al debate, se logra establecer que el paisaje es susceptible de ser no solo construido, sino que, a su vez, puede ser explicado, comprendido e interpretado desde las diferentes posturas epistemológicas que emergen para ese propósito. Por tanto, como resultado, el lector podrá establecer que la categoría de paisaje llega a ser consecuencia de la transformación colectiva de la naturaleza, puesto que la proyección cultural de una sociedad considera, entre otros tantos elementos, la nostalgia, el recuerdo, los cuerpos, las relaciones de poder, etc., como modeladores del paisaje.

Así mismo, esto implica entonces observar la apertura de las ciencias sobre las cuales la mirada al paisaje desde la perspectiva clásica —con ello nos referimos a la constitución geográfica desde la matemática, la geometría, la física, la geología, etc.— se agota, dando paso a *otras geografías* que atraviesan las nociones de alteridad, ser, existir, vivir. Ello adquiere validez cuando Nogué (2016) explora la denominación de “nueva tierra incógnita” (p. 14), que no es más que el desborde de lo

conocido —lo *cognitae*— dado que existen espacios imprecisos y dinámicos en sus límites, difusos en sus formas, imperceptibles a las cartografías tradicionales a pesar de los grandes adelantos en técnicas y tecnologías. Esta dinámica sugiere, entonces, una “descartografización del mundo”, no de manera literal, sino en clara analogía a los “otros espacios” que se levantan y aluden la experiencia contemporánea.

En consecuencia, la dinámica de espacios cambiantes increpa por la asociación de nuevos agentes sociales que superan la visibilidad y la palabra, el cuerpo y la exploración, para crear espacios un tanto misteriosos y difíciles de localizar —no en términos absolutos sobre un punto bajo un sistema de coordenadas—, basados en las interacciones que allí tienen lugar, y que a fuerza de las dinámicas sociales, políticas y corporales logran establecer nuevos lugares de referencia imperceptibles a miradas minimalistas del mundo contemporáneo.

Dada la variabilidad y volatilidad de los fenómenos presentes en dichos espacios, recurrir a apreciaciones sobre el cotidiano, la vida, el tiempo, la estética, la desolación ayuda a comprender la magnitud de la forma, en la cual las interacciones y las redes humanas están ofreciendo una posibilidad de paisaje que, a su vez, determina las relaciones entre los grupos sociales que las construyen. Los territorios ocultos que, por ejemplo, emergen de la ciudad contemporánea implican el detenimiento sobre “[...] otro tipo de geografías y de paisajes invisibles, basadas en redes espaciales extraordinariamente dinámicas y variadas que pocas veces tenemos en cuenta” (Nogué, 2016, p. 16).

* Grupo Geopaidea, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Así, los científicos sociales se abren a la posibilidad de analizar las pautas que llevan a la sociedad actual a tales expresiones —reflejo de sí mismas en una propiedad ontológica— y que recogen apreciaciones dinámicas que llevan al ser humano a generar exclusiones, desplazamientos, fragmentación del tejido social, poca participación de la sociedad civil, pobreza y marginalidad. Esta última, entonces, asume sus interacciones con los espacios que construye, con los paisajes que facilita y, por ende, por los establecimientos (físicos, morales y normativos) que defiende.

Sin embargo, estos paisajes también están atravesados por los sentidos. Aquí entonces conviene trasladar la pregunta que María Ángeles Durán hace en el primer capítulo del libro, en su disertación sobre los paisajes del cuerpo: “¿se plantean las ciudades el desarrollo de la capacidad sensorial, del mismo modo que se plantean otras cuestiones de la política urbana?” (p. 31). Sin duda ello nos lleva a cuestionarnos sobre los órganos que interaccionan con el espacio —para este caso urbano y rural— y que atraviesan aspectos como las visiones —que implican el ver-mirada-observación—, los olores, el gusto, el tacto, la cercanía, la lejanía y que, sin duda, generan identidad sobre el paisaje. Esto, en términos estructurales, lleva a la escala que edifica Josepa Bru (2016) sobre *el cuerpo y la palabra o los paisajes de la cautividad*; allí se recoge el sentido de los cuerpos y el ser-en sí, basado en la perspectiva de género —y particularmente en el ser-mujer—, de la cual se establece un profundo proyecto: ver la diada cuerpo-palabra en función de la refundación dimórfica en el seno de una nueva humanidad (refundada y que acabe con el proyecto patriarcal del paisaje) de la reapropiación de nuestro cuerpo.

También el paisaje basado en los conflictos sociales y políticos es divisible por medio de lo que Don Mitchell en el segundo capítulo, denominado *muerte entre la abundancia: los paisajes como sistemas de reproducción social*. Allí se entiende el conflicto social como producto del problema de la inmigración, y la distribución de la riqueza que, a su vez, interactúa con la formación urbana y suburbana del paisaje social-morfológico. Esta indagación señala y exalta los conflictos sociales de la sociedad norteamericana y su principal fuente de riqueza, el inmigrante. Por tanto, se levanta un paisaje no solo de abundancia o pobreza —si se ve binariamente— sino también de lucha y muerte.

A su vez, el capítulo retoma los *Paisajes del recuerdo y el olvido: Galicia*, de Carmen Pena, en donde la inmigración sigue siendo una realidad; así los espacios urbanos muchas veces mitificados y desmitificados por sus nuevos habitantes, reaccionan frente a la forma de ver las intenciones estéticas de estos nuevos individuos, los cuales harán parte de la transformación de la construcción social del espacio. *El paisaje como metáfora visual*, de Michel Folch-Serra, afianza la importancia del análisis visual como base fundamental para discernir las experiencias de la sociedad

por medio de los elementos de interacción entre sujetos-agentes¹-identidad; toda esta amalgama de atributos construye un paisaje que, a su vez, interactúa con la noción de Estado, nación y poder.

En su tercera parte, el libro expone la construcción social de los paisajes urbanos. Allí, *la percepción y el trazado del territorio latente* de Itziar Gonzales interpela por la forma y el valor de la arquitectura en la estructuración del paisaje desde los trazados y su interacción con las memorias, los recuerdos, las posibilidades, “la vida vivida” (p. 171). Además, *la ciudad, paisaje invisible* de Oriol Nel-lo increpa las visiones funcionales y canónicas del espacio urbano, que tanto sociólogos como geógrafos han construido sobre él, con el fin de afirmar que, si bien existe para este tipo de tendencias un *paisaje patente*, también existe uno latente, el cual tiene el potencial de proyectarse hacia el futuro con la fuerza colectiva, que responde a los valores urbanos tradicionales.

De igual forma, Hemerly y Coelho en *los paisajes de la ciudad oculta*, ofrecen una mirada hacia la ciudad informal, el asentamiento informal que constituye una ciudad oculta —y por ende un paisaje oculto— en su construcción social basado en la experiencia de la realidad urbana de Brasil. Es en el marco de dicha ciudad informal que se generan paisajes de aglomeración, en donde la marginalidad, la interferencia, el alejamiento, la repugnancia, la improvisación, etc., hacen gala para la construcción de dichos espacios. Sin embargo, estos lugares asaltan la ciudad formal, la planeada, que niega a su vez la informal y, por ende, niega su pluralidad. Esta tensión ocupa una parte importante puesto que no siempre la informalidad es un elemento negativo en la cuestión social, por tanto es necesaria una forma de aprensión.

Alicia Lindón en *la construcción social de los paisajes invisibles del miedo* afirma que en las áreas periféricas de las ciudades latinoamericanas —por lo general excluidas— se presentan paisajes que el observador pocas veces logra comprender, dado que este se concentra en los objetos del mismo; así entonces, lo importante es reconstruir los paisajes por medio de las subjetividades, las descripciones y las interpretaciones de la experiencia espacial metropolitana en aquellas áreas de marginalidad, con el fin de plantear un tipo de construcción social de paisaje.

La preocupación de Daniel Hiernaux es la de develar la comprensión temporal propia de nuestra época a partir de las formas innovadoras de apropiación del espacio. Así, *los paisajes fugaces y geografías efímeras en la metrópolis contemporánea* plantea la regulación y la manera de construir y habitar los espacios desde la contradicción existente entre el método de conocimiento y la interpretación de las construcciones espaciotemporales, y la forma contemporánea, es decir la experiencia actual

¹ Aquí me refiero a elementos instrumentales como la publicidad, la televisión, Internet, las identidades políticas, etc.

de la construcción socioespacial del paisaje; esto se hace con el fin de afianzar una mirada diversa en la forma de “concebir el tiempo según su duración, para articularlas con la espacialidad” (p. 242).

Sin duda otra preocupación que encontrarán es la de *paisajes urbanos con-texto y sin-texto*, de Xerardo Estévez. Allí se halla una interesante propuesta sobre cómo el paisaje natural es más bien una falla conceptual, puesto que hay quienes modelan, crean, asisten y dotan de sentido al paisaje—eso sí, en un espacio dado, o sea, lo que se entiende nominalmente por naturaleza—. Con esto el autor indaga y despierta una inquietud histórica sobre la forma como el paisaje se involucra bajo la realización, el pensamiento, lo material, las condiciones sociales y políticas que levantan el paisaje “[...] de una ciudad como escena del devenir de una sociedad urbana” (p. 264). Ello indica un paisaje que adquiere por medio del símbolo y la estética un texto, pero también, y como resultado dialéctico, un sin texto, donde sus atributos comparten afinidades y se dejan proyectar o “no proyectar” obedeciendo a una validez social.

En esa línea, *paisajes aterritoriales, paisajes en huelga* de Fancesc Muñoz interviene con el fin de observar la evolución del territorio y las ciudades por medio de la producción de sus paisajes, atmósferas, ambiente, territorios urbanos y no urbanos, y la imagen del observador, es decir una serie de elementos que se despliegan ante el visitante pero que, por medio del consumo, no corresponden a la realidad de las características del lugar, generando así la *aterritorialidad*. Lo anterior atraviesa múltiples variables de análisis, principalmente las que llevan del fenómeno de producción y marketing en la ciudad contemporánea al problema de la *urbanización*, donde la imagen y el consumo del espacio en escala morfológica generan representaciones de ciudad que no corresponden a su totalidad.

Finalmente, el epílogo de Eduardo Martínez de Pisón, se preocupa por el *paisaje, cultura y territorio*. En este se preocupa por la configuración del mismo como espacio geográfico con funciones territoriales que tienen elementos morales y culturales, que mantienen la forma y una expresión fundamental en la estructura morfológica, pero que, a su vez, conforman un elemento de la existencia individual y social relacionado con el medio, que construye un paisaje que es dependiente de la acción humana, dada su relación con los elementos constituyentes de la realidad espacial. Así, entonces, los “[...] paisajes poseen la capacidad civilizadora de retorno, en la que intervienen los efectos de la contemplación y la vivencia directa de sus componentes valiosos”. Pero, además, “[...] participan en este papel civilizador las imágenes de los paisajes construidas por sus representaciones culturales, las que lo traducen y cualifican, las que nos hacen ver, las educadoras miradas, las que las dotan de nuevos sentidos a los lugares, a las tramas a las formas geográficas” (p. 236).

En conclusión, en el texto que edita Nogué,, el lector encontrará espacios de reflexión, impacto, análisis, divergencia y puntos en común, que enriquecen la mirada y la comprensión del fenómeno social llamado paisaje, y que, en suma, logran interpretar y dar forma de conocimiento a las acciones humanas sobre el espacio que estos mismos orbitan, viven, interpretan, experimentan, escriben, huelen, disputan, limitan, etc. La invitación, entonces, es retomar las múltiples miradas sobre el paisaje, y orientar las reflexiones hacia nuestros deseos y transformaciones, o hacia la contemplación activa de los distintos niveles que aquí se proponen.